

Desconfiad de los que
ahora se llaman republi-
canos, antes eran monár-
quicos y siempre han sido
caciques.

RENOVACION

ORGANO DE LA FEDERACIÓN DE
JUVENTUDES SOCIALISTAS DE ESPAÑA

LA INDIFERENCIA POLITICA

La clase obrera no debe formar ningún partido político, no debe emprender acción política bajo ningún pretexto, puesto que promover un combate contra el Estado implica el reconocimiento del Estado, lo cual está en contradicción con los eternos principios. Los obreros no deben declararse en huelga, puesto que luchar para obtener un aumento de salario, o para impedir su reducción, implica el reconocimiento del salariado, lo que está en contradicción con los eternos principios de emancipación de la clase obrera.

Si los obreros se unen en su lucha política contra el Estado burgués, para arrancarle concesiones, contraen compromisos, lo que está en contradicción con los eternos principios. Se debe asimismo condenar todo movimiento político, como el que los obreros ingleses y americanos tienen la mala costumbre de hacer. Los obreros no deben desperdiciar sus fuerzas para obtener una limitación legal de las horas de trabajo, porque eso sería contraer un compromiso con sus patronos, que arriesgarían no poder explotar ya a los obreros más que diez u doce horas en vez de catorce o dieciséis. Igualmente, los obreros no deben esforzarse en hacer prohibir el trabajo de fábrica a las niñas menores de diez años, porque, por ese medio, la explotación de los niños menores de diez años no quedaría dulcificada. Esto sería aún contraer compromisos, esto perjudicaría a la pureza de los eternos principios.

Los obreros aún deben menos exigir que el Estado, cuyo presupuesto descansa sobre la explotación de la clase obrera, esté encargado, como ocurre en los Estados Unidos, de subvenir a la instrucción elemental de los hijos de los obreros, porque esta instrucción elemental no es todavía la instrucción integral. Es preferible que los obreros y las obreras no sepan leer ni contar a que se hagan instruir por profesores de las escuelas del Estado. Vale mucho más embrutecer a la clase obrera, dejándola en la ignorancia y haciéndole trabajar dieciséis horas por día, que violar los eternos principios.

Si la lucha política de la clase obrera toma una forma revolucionaria; si los obreros establecen, en lugar de la dictadura burguesa, su dictadura revolucionaria, cometen entonces un crimen monstruoso contra los principios, porque por satisfacer sus miserables y vulgares necesidades cotidianas, por romper la resistencia de la burguesía, dan al Estado una forma revolucionaria y pasajera en lugar de destruirle. Los obreros no deben crear ningún Sindicato, porque esto quiere decir perpetuar la división social del trabajo, tal como existe en la sociedad burguesa. Esta división del trabajo, que divide a los obreros, es, en efecto, el fundamento real de su esclavitud.

En una palabra, los obreros deben cruzarse de brazos y no perder su tiempo en la agitación política y económica. Todos estos movimientos no pueden traer más que resultados inmediatos. Como las personas verdaderamente religiosas desdénan las necesidades del día, ellos deben gritar, en los transportes de la fe: «¡Que nuestra clase sea crucificada, que nuestra raza desaparezca, con tal que los principios eternos estén preservados de toda mancha!» Como piadosos cristianos, deben creer las palabras del sacerdote, menospreciar los bienes de este mundo y no pensar más que en ganar el paraíso. Léase, en vez de paraíso, la liquidación social, que, el día menos pensado, se producirá en un rincón del mundo — sin que nadie sepa por qué ni cómo se encontrará realizada —, y la impostura es exactamente la misma.

En la espera de esta famosa liquidación social, la clase obrera debe conducirse prudentemente, como un rebaño de ovejas bien nutridas, dejar en paz al Gobierno, temer a la policía, respetar las leyes y prescribirse, sin queja, el papel de carne de cañón.

Los obreros deben, en su vida de todos los días, permanecer siendo los servidores más obedientes del Estado: pero, en su fuero interno, deben protestar de la manera más enérgica contra su existencia y testimoniar su profundo desprecio teórico con la compra y lectura de folletos sobre la supresión del Estado; deben guardarse de combatir el orden capitalista de otro modo que con sus declamaciones sobre la sociedad futura, en la que habrá desaparecido este orden execrable.

Alguno contestará que si los apóstoles de la abstención política se hubieran expresado en términos tan claros, la clase obrera les hubiera inmediatamente mandado al diablo, y no hubiera considerado todo esto sino un insulto proveniente de algunos doctores burgueses y junkers unidos a menos, bastante imbeciles o bastante malignos para prohibirle todo medio efectivo de combate, so pretexto de que los medios de combate deben ser tomados de la sociedad actual, y de que las condiciones fatales de esta lucha tienen la desgracia de no responder a las fantasías ideológicas que nuestros doctores en ciencia social han deificado con el nombre de libertad, de autonomía, de anarquía. Pero el movimiento de la clase obrera es ahora tan fuerte, que los sectarios filántropos no tienen el valor de repetir en el terreno de la lucha económica esas grandes verdades que no cesan de proclamar en el dominio político. Son demasiado poltrones para aplicar esas verdades cuando se trata de huelgas, de coaliciones, de Sindicatos, de leyes concernientes al trabajo de las mujeres y de los niños o a la reglamentación de las horas de trabajo.

Veamos ahora hasta qué punto pueden invocar las viejas tradiciones, el pudor, la lealtad, los eternos principios.

Los primeros socialistas (Fourier, Owen, Saint-Simon, etc.) se veían obligados — porque las relaciones sociales no estaban entonces suficientemente desarrolladas para permitir a la clase obrera constituirse en partido político — a limitarse a la pintura de la sociedad modelo del porvenir, y, por consecuencia, a condenar



todas las tentativas, tales como las huelgas, coaliciones, acción política, hechas por los obreros para mejorar su suerte. Pero si no tenemos el derecho a desmentir a estos patriarcas del Socialismo, como tienen nuestros modernos químicos respecto a los alquimistas, sus antepasados, debemos, sin embargo, librarnos de caer en los antiguos errores, porque, de nuestra parte, serían inexcusables.

A pesar de esto, mucho más tarde — en 1839, cuando la lucha política y económica en Inglaterra había tomado ya un carácter muy acentuado —, Bray, un discípulo de Owen y uno de los que ya, mucho tiempo antes que Proudhon, habían descubierto el mutualismo, escribía Labour's Wrongs and Labour's Remedy (Los perjuicios del trabajo y el remedio del trabajo).

En un capítulo sobre la ineficacia de todos los medios de emancipación que se pueden esperar de la lucha inmediata, hace una crítica amarga tanto del movimiento económico como del político de la clase obrera inglesa. Condena la acción política, las huelgas, la disminución de horas de trabajo, la reglamentación del trabajo de las mujeres y los niños en las fábricas, porque todo esto, según él, en vez de hacer salir a los obreros del estado actual de la sociedad, no hace sino incrustarlos más en él y reforzar las oposiciones.

Llegamos ahora al oráculo de nuestros doctores en ciencia social, a Proudhon. Aunque el maestro haya encontrado siempre medio de pronunciarse enérgicamente contra toda acción económica (coaliciones, huelgas, etc.), que se hallaban en contradic-

Análisis del régimen capitalista

La forma del valor conocida por la moneda es una cosa muy simple. Sin embargo, el espíritu humano ha buscado, desde hace cerca de dos mil años, penetrar en el secreto; en tanto que ha llegado a analizar, al menos aproximadamente, formas bien complejas y que tienen un sentido más profundo. ¿Por qué?

Porque el cuerpo organizado es más fácil de estudiar que la célula que lo integra. Por otra parte, el análisis de las formas económicas no puede ayudarse del microscopio o de reactivos proporcionados por la química; la abstracción es la única fuerza que puede servirle de instrumento. Para la sociedad burguesa actual, la forma mercancía es el producto del trabajo o la forma valor de la mercancía es la forma celular económica. Para el hombre poco cultivado, el análisis de esta forma parece perderse en tinieblas; pero, como él, se encuentra en la anatomía microscópica.

ción con las teorías liberadoras de su mutualismo, contribuía, sin embargo, con sus escritos y su actividad personal al desarrollo de la lucha política de la clase obrera, y sus discípulos no se atrevían a oponerse abiertamente a esta acción. Ya en 1847, cuando apareció la gran obra del maestro, la Filosofía de la miseria o Las contradicciones económicas, he refutado todos los sofismas contra el movimiento obrero. Pero en 1849, después de la ley Ollivier, que concedía a los obreros franceses, bien que en una medida muy reducida, el derecho de coalición, Proudhon volvió sobre el mismo tema, en una obra que apareció algunos días después de su muerte: De la capacidad política de las clases obreras.

Tanto agradaron a la burguesía los ataques del maestro, que The Times, con ocasión de la gran huelga de los sastres de Londres en 1846, hizo a Proudhon el honor de traducirle y de condenar a los huelguistas sirviéndose de sus propios términos. Damos algunos ejemplos de ello.

Los mineros de Rive-de-Gier se habían declarado en huelga, y habían acudido los soldados para hacerles entrar la razón de la fuerza en la cabeza.

«La autoridad, que hacía fusilar a los mineros de Rive-de-Gier, se encontraba en una desgraciada situación. Pero obró como el viejo Bruto; colocado entre su amor de padre y su deber de consuelo, decidió sacrificar a su hijo por salvar la República. Bruto no dudó, y la posteridad no ha osado condenarle.»

Ningún obrero recordará que haya jamás vacilado un burgués en sacrificar a un obrero por salvar sus intereses. Así, pues, ¿qué más Brutos que los burgueses?

«No; no hay un derecho de coalición, como no hay un derecho de chantage, de estafa y de robo, como no hay un derecho al incesto o al adulterio.»

Se debe reconocer que, ciertamente, hay un derecho a la imbecilidad.

¿Qué son, pues, sus eternos principios, en nombre de los cuales el maestro fulmina sus anatemas abracadabranes?

Principio eterno número 1. — La tasa del salario fija el precio de las mercancías.

Hasta para aquellos que no tienen la menor noción de economía política y no saben que el gran economista burgués, Ricardo, en su libro Principios de economía política, aparecido en 1817, ha destruido de una vez para siempre este error tradicional, es conocido el hecho más significativo de la industria inglesa; este país puede vender sus mercancías a un precio más bajo que cualquier otro país, no obstante que los salarios en Inglaterra sean relativamente más elevados que en otro país cualquiera de Europa.

Principio eterno número 2. — La ley que autoriza las coaliciones es profundamente antijurídica, antieconómica, contraria a toda sociedad y a todo orden. «En una palabra, es contraria al derecho económico de la libre concurrencia.»

Si el maestro estuviera menos confinado en los límites nacionales, se hubiera preguntado cómo puede ser que una ley que ha sido promulgada en Inglaterra hace cuarenta años sea contraria, hasta tal punto, al derecho económico de la libre concurrencia; porque esta ley, que es contraria a toda sociedad y a todo orden, se impone a todos los Estados burgueses como una necesidad de odio contra estos horrores e impalpables coligados de la clase concurrencia. Hubiera entonces discutido que ese Derecho (Derecho con D grande), no se encuentra más que en los manuales editados por los Hermanos de la Doctrina Cristiana de la economía política burguesa, en los libros que encierran aún perlas como ésta: «La riqueza es el fruto del trabajo...» de los otros, lo que se olvidan de añadir.

Principio eterno número 3. — «Bajo pretexto de eximir a la clase obrera de una "sediente" inferioridad social, habrá que comenzar por denunciar en masa a toda una clase de ciudadanos: la clase de los maestros, contratistas, patronos y burgueses; habrá que excitar en la democracia trabajadora el desprecio y el odio contra estos horrores e impalpables coligados de la clase media; habrá que preferir a la represión legal la guerra industrial y mercantil; a la policía del Estado, el antagonismo de clases.»

Para impedir a la clase obrera salir de lo que se llama su miseria social, el maestro condena la coalición que oprime la clase obrera, como enemiga, a la respetable categoría de fabricantes, contratistas, burgueses, que prefieren, ciertamente, como Proudhon, la policía del Estado a la lucha de clases. Para librar a esta clase respetable de toda molestia, el buen Proudhon recomienda a los obreros, hasta la inauguración de la sociedad mutualista, la libertad de la concurrencia, que, a pesar de todos sus abusos, constituye aún nuestra única garantía.»

El maestro predica la indiferencia en el dominio económico para asegurar la libertad de la concurrencia, nuestra única garantía; los discípulos predicaban la indiferencia en el dominio político para asegurar la libertad burguesa, su sola garantía. Como los primeros cristianos, que predicaban también la indiferencia política, se aprovecharon de la mano fuerte de un emperador para transformarse de oprimidos en opresores, los apóstoles modernos de la abstención política no creen tampoco que sus eternos principios les deben imponer la abstención de los gozos terrestres de los privilegiados efímeros de la sociedad burguesa. Sea como fuere, nosotros debemos decir que ellos soportan con un estoicismo digno de los mártires cristianos las catorce o dieciséis horas de trabajo que pesan sobre los obreros de las fábricas...

Carlos MARX

LA POSICION SOCIALISTA

to natural de las instituciones y de las leyes el triunfo de sus aspiraciones, según lo pedía M. Carlos Dupuy en uno de sus administraciones. El Socialismo, que es una teoría esencialmente evolucionista, espera su realización de la marcha natural de los hechos; pero normalmente no podrá contar con el funcionamiento de las leyes actuales más de lo que un republicano, para conquistar la República, podría contar honradamente, bajo el Imperio, con el funcionamiento natural de las leyes imperiales. Solamente en un régimen republicano como el nuestro, donde el sufragio universal es nominalmente el soberano, el único soberano, y puede ser muy legalmente el soberano efectivo, si el Socialismo no podía triunfar mediante el funcionamiento natural de la legislación, triunfaría por la acción regular, cada vez más considerable, según fuera aumentando el grupo socialista de la Cámara, de este grupo sobre dicha legislación, acción que los republicanos no habrían podido ejercer bajo el Imperio. Podría suceder también que su triunfo se debiera a un rompimiento de la legalidad en vigor, rompimiento al que se viese obligado en un momento dado, rompimiento que se impusiera, sin influir en nada las preferencias personales, como se impuso, por ejemplo, en Francia, el 4 de septiembre de 1870, a los Julio Simón y a otros partidarios rabiosos de la legalidad; y un rompimiento de esta especie es lo que constituye la revolución.

que constituye la revolución.

Evolución y revolución no son cosas opuestas; al contrario, cuando se producen ambas, se suceden y se completan; la segunda es la conclusión de la primera; la revolución no es más que la crisis característica que pone fin efectivamente a un período evolutivo. Fijos en lo que pasa con el polluelo. Después de haberse desarrollado regularmente en el interior de la cáscara, el animalito, que no ha podido aún leer «Le Temps», ignora que la evolución ha sido declarada libre de toda violencia, y en vez de emplear su tiempo en adelgazar suavemente su cáscara, no se entretiene en eso y la rompe de cualquier modo. Pues bien: el Socialismo, que lee «Le Temps», procederá como si no lo leyese, y, llegado el caso, romperá al polluelo: si los acontecimientos se lo ordenan, romperá la legalidad en que se desenvuelve, y en la cual, por el instante, sólo tiene que perseguir su desenvolvimiento regular.

Lo que constituye esencialmente una revolución es, según ya he dicho, el rompimiento de la legalidad en vigor; esa es la única condición necesaria para constituiria; lo demás es eventual. Desgraciadamente, es muy común pensar que la palabra «revolución» significa forzosamente la ejecución de personas y la destrucción de las cosas. Esas son catástrofes, que los socialistas se esforzarán en evitar todo cuanto les sea posible, porque saben que los excesos en un sentido provocan inevitablemente un movimiento en sentido opuesto, y ellos harán lo que sus fuerzas les permitan para no comprometer su obra preparando inconscientemente una reacción.

En un día dado pueden producirse acontecimientos tales que, por la sola fuerza de las circunstancias imponiéndose a los hombres, la legalidad actual se rompa. ¿Cuándo y cómo se producirá el hecho, si se produce? Nada sabemos de ello, ni somos ni seremos los causantes porque demos demos la posibilidad de que ocurra; ni los temores de los unos destruirán ésta, ni las impacencias fácilmente explicables de los otros la fortalecerán. Como decía un día «Le Temps», hablando incidentalmente de las revoluciones, «no se las hace; se hacen ellas mismas».

Aunque no se pueda, y porque no se puede, señalar el carácter de la época de este posible rompimiento de la legalidad, hay motivo para declarar que ese rompimiento, o, dicho de otro modo, la revolución, podrá verificarse pacíficamente, como ocurrió el 4 de septiembre de 1870. Que la revolución eventual sea el preludio de una transformación social cuando, como la revolución del 4 de septiembre, no ha sido otra cosa que una revolución política, no dice nada en contra del punto de vista en que me coloco en este momento; porque la revolución eventual, aunque llegue a tener consecuencias sociales, no será considerada solamente revolución, sino un cambio de orden político. Bastaría que los capitalistas fuesen tan prudentes como lo fueron los bonapartistas el 4 de septiembre, para que el rompimiento de la legalidad fuese tan pacífico como aquel en que tomó parte el senador Julio Simón. Vea, pues, que el Socialismo puede romper la legalidad sin perder su carácter pacífico; mientras, por el contrario, puede ejercer que sea violento viviendo dentro de la legalidad.

Produzcase o no una situación revolucionaria, el deber, el principal deber de los socialistas, consiste en instruir a las masas, en darles conciencia de su situación y de la obra que han de realizar, en organizarlas para el día en que el Poder político caiga en sus manos. Conquistar al Socialismo el mayor número posible de partidarios es la tarea a que los Partidos Socialistas deben consagrar sus esfuerzos, empleando con este fin todos los medios pacíficos y legales; pero exclusivamente éstos. En situación ordinaria, y considero como tal esta en que nos encontramos ahora, el empleo de otra acción que no sea la pacífica y legal para instruir y organizar a las masas ocasionaria, quierase o no, manifestaciones que podrían debilitar las fuerzas ganadas por el Socialismo y detener por más o menos tiempo la propaganda de sus ideas.

Lo que yo recomiendo no es la táctica de plegar la bandera, ni de mutilar nada de la teoría socialista, sino la de atenerse estrictamente a ella sin dañarla, sin desnaturalizarla con violencias que no forman parte de la misma, ni con pronósticos que envuelven amenazas sin fundamento. La verdad es que no se puede prometer ni llegar a ella por la fuerza, ni permanecer siempre en la legalidad; y esta verdad es aplicable a todos los partidos. Un radical, M. Segismundo Lacroix, así lo reconocía al escribir hace algún tiempo: «Muchos individuos, de los cuales soy... vacilarían en jurar que permanecerían fieles, a pesar de todo, a los medios legales y pacíficos tan sólo. Esto depende no de las opiniones, sino de las situaciones: pueden surgir situaciones revolucionarias—el huiangismo estuvo a punto de ser una de ellas—en que ser revolucionario constituye un deber.»

Aun admitiendo que deba haber revolución, cosa que determinarán los acontecimientos, no tales o cuales voluntades, esa revolución, cualesquiera que sean sus incidentes, no podrá ser sino un término en la serie de los fenómenos que nos hacen pasar de una forma social a otra, un anillo en una cadena; y si esto es así, ¿sería razonable hipnotizar a los trabajadores concentrando su atención sobre ese solo anillo? Lo que se necesita es formar socialistas, es dar a la masa, con la conciencia del movimiento económico, una voluntad que concuerde con ese movimiento y con su misión en ese movimiento; es procurar que lleve a nuestras diversas asambleas electivas un número cada vez mayor de socialistas, los cuales tomen con ellas la defensa de sus derechos desconocidos y procuren obtener, en la medida de sus medios y con arreglo a las circunstancias, las diversas mejoras de su situación que el Socialismo y sólo el Socialismo persigue de una manera práctica, basándose en las condiciones económicas del medio

tu que vivimos. Por consiguiente, ¿a qué hablar de otra cosa que de Socialismo, machacando sobre la naturaleza de la crisis que terminará la fase actual de la evolución y sera el principio de una nueva, si en esta materia no hay que crear ninguna especie de voluntad? ¿Por qué discutir acerca de una eventualidad que las circunstancias pueden imponer, pero de la cual ninguno puede ahora precisar nada respecto a como se va a cumplir? En todo caso, si hay que hablar de revolución, será para tratar de disminuir los errores que nuestros adversarios cometen sobre esta cuestión, por indicarles verdades que ni rechazarán ni admitirán acriticamente.

Gabriel DEVILLE

La "Commune" de Paris

Otro año más recordamos la «Comuna» de París. Porque pasen los años, y nos hallaremos más lejos de aquel hecho glorioso? Será paradójico, pero es cierto que cada año que transcurre nos aproximamos más a la «Comuna» universal.

Recordar la «Comunes» de 1871 tonifica el espíritu y aviva la fe de cuantos ven en ella una terminación de una futura y próxima revolución.

Honrar a los héroes de ayer es

UN AUTOGRAFO DE MARX

Received for the 10th Number till for you. 10th June 1841

[The page contains dense, handwritten notes in cursive script, which are largely illegible due to extreme fading and bleed-through from the reverse side.]

Quartilla original del immortal "Manifesto comunista"

**estimular a los héroes de ma-
ñana.**

Recordemos a la «Commune» de París, honremos a sus héroes valerosos y a sus mártires. La mejor conmemoración es aprender y difundir las admirables ideas de aquellos hombres.

Aprendamos por qué pereció la «Communes» de 1871 para rodear a la «Communes» futura de tales seguridades que hagan inextinguible su existencia.

Sobre la "Commu- ne" de París

El heroísmo con que la población de París, hombres, mujeres y niños, combatió durante otros ocho días, después de la entrada de las tropas versallesas en París, refleja la grandeza de la causa por la cual se sacrificaban, como las hazañas internas de los soldados reflejan el espíritu maldito de esta civilización, de la que son mercenarios y defensores. ¡Gloriosa civilización, en efecto, cuyo gran problema era en aquellos momentos el de buscar medio de desembarazarse de los cadáveres acumulados por ella después de la batalla!

Para encontrar un paralelo a la conducta de Thiers y de sus seguidores salvajes es preciso remontarse a los tiempos de Sila y de los dos triunviratos. La misma carnicería, sin distinción de personas, después del combate, en la matanza; la misma indiferencia de las edades y sexos;

nar en masa a los ciudadanos proscritos; no tenían las leyes en la mano; no salía de sus bocas el grito de «Civilización!»...

La «Commune» sabía que si sus adversarios no se preocupaban de la vida de los ciudadanos de París, sin embargo temían grandemente por los inmuebles que en él poseían. Por otra parte, Thiers había anunciado que su venganza sería implacable. Apenas hubo colocado su ejército a un lado de la ciudad para asaltarla, teniendo a los prusianos del otro lado para evitar la evasión de los rebeldes, gritó con todas sus fuerzas: «¡No tendré piedad!... La expiación será completa y la justicia inflexible!»

Si los obreros parisienses cometieron actos de vandalismo, fué el vandalismo de la defensa desesperada, no la barbarie del triunfo, como el crimen de los cristianos destruyendo los tesoros del arte—verdaderamente inestimables—de la antigüedad pagana. Los historiadores han justificado aquel vandalismo, considerándolo como consecuencia relativamente insignificante del choque entre la sociedad nueva que trata de edificarse y la vieja que se desploma.

Más repulsivo fué el vandalismo de Haussmann, destruyendo a golpe de piqueta el París histórico para hacer sitio al de los turistas.

Se reprocha a la «Commune» el fusilamiento de los sesenta y cuatro prisioneros que ella tenía en rehenes, entre los que se

SILUETAS DEL MOMENTO

REVOLUCIÓN GASTRONÓMICA. — Hemos leído en las columnas de la prensa una forma más de morir de los radicales. Esta manera que encontramos es la siguiente: la de llevarse a su boca el camarero y tragarlo a las profundidades del estómago, cosa que humanamente hace todo aquel que tiene la materia para llevarse a la voluntad bucal.

cial de hacer economías cuando se trata de rendir pleitesía al caudillo, y esta forma de emplear por segunda vez en esta última peregrinación como un fontista de Aídaar de San Juan.

Credémosle cosa muy difícil sostener en la boca alimentos muy calientes que facilitarían la fuga de los comensales; pero conviene saber que en todas las lunas donde entra personal de dicho partido convierten en mar-mol, con su frialdad característica, hasta los alimentos, y así estos pueden ser chupados durante el viaje a fin de no tener que preocuparse de nuevas construcciones.

Lamentable equivocación la del fondista de Alcázar de San Juan al servir a los futuros comilones de la pañudía, porque como siguen las orientaciones de su jefe exáctam a cada momento: «¡Todo está pagado!», frase que hizo célebre D. Ale en épocas pasadas, cuando se encargó de administrar fondos ajenos, permitiéndole en los últimos años *vivir* con esa holgura natural de quien hizo grandes economías durante su existencia.

Y las mandadas de ironoxistas no hacen sino cumplir los postulados del gula espiritual, que pretende nada menos que administrar, en unión de ellos, los graneros españoles, pagando con una frase también odiosa a los que conducen comestibles: «¡Dios se lo aumente!,» cargando con el material combustible para aumentar las reservas futuras de sus deuses.

Aí es que lo que parece una tragedia, no es tal, sino que es uno de los postulados del partido, como hemos demostrado nosotros con estas líneas, y los irreflexivos con hechos de los cuales el testigo principal es el fondista de Alcázar de San Juan.

Como es natural, con un partido de programa tan claro, no es extraño que tenga obreros en sus filas, porque se afianza el principio de la revolución social, que tiene su principio en la emancipación económica, permitiendo que D. Alejandro un domingo se reúna en un restaurante llamado El Boscque, con sus obreros, como él les llama.

«El caudillo y los obreros en El Bosque», dirán los lectores. ¡Si, amigos! Fueron a condenar los exectos de las derechas españolas, después de la mediana consiguiente, afirmando el íelo que era verdaderamente marxista, sin perjuicio de que en una reunión celebrada el mismo día en el teatro de su lugar natal, Calañas Alto, hablara de lucha contra la democracia socialista, sin lograr ser homenajeado por los agricultores que le escuchaban.

Es el aserto de las hipótesis: por eso es posible actuar como el dios Jano, empleando las dos caras: una, para ser marxista; otra, para declararse como defensor de los intereses del capitalismo; en la primera habló para chinos, porque desarrolló su discurso en un ambiente de abundancia; en el segundo, es el lenguaje de la escasez, el que se explana, porque es la trayectoria de toda la actuación posterior del caudillo después de sentirse harto de pan y de muelles violentos, ya que Lerroux quiso un día ser el macho de las vírgenes recluidas en los monasterios. Debilidades de varón!

monasterios, ¡Debilidades de varón!

Esperé el periodista de Alcázar de San Juan, que la consumición será pagada pronto, porque el hombre radical tendrá en sus manos la Hacienda pública para cancelar deudas y los rayos de Júpiter para pulverizar a los socialistas, que son los que hoy estorban los planes de este hombre que siente unas debilidades tremendas por dominar a esos capitalistas campesinos, que desparamando el ham, buscan unas acciones. ¿No sabéis los procedimientos radicales de estos hombres? Pues si hubiesen leído el programa trazado por los lerrouxistas en Alcázar de San Juan, no habría lugar a que se levantaran en el Parlamento sus dipujinos a condenar los excesos de los obreros del campo, porque ellos tienen resuelto el problema de comer sin efectuar desembolso alguno, siendo esto todo un postulado que con gran éxito cultivan lo que siguen a Lerroux.

a. Lerroux. Existen muchas formas de hacer la revolución: la fundamental, que preconizamos nosotros, efectuada con el cerebro; la que tiene por normas las extremidades, propagada por los reaccionarios, y la revolución gastronómica, patrocinada por los lerrouxistas. ¿Cuál tiene más ventajas? En España, la revolución del estómago, efectuada por la peregrinación radical, y cuyo elemento capitalista fué un contrabista o dueño de fonda que en Alcazar tuvo la desgracia, según él: suerte, afirman ellos, de servir unos almuerzos a unos peregrinos que iban a rendir pletestia a un tal D. Alejandro, que en los Madriles les prometia repetir el milagro de concertir en elemento metálico los papeles de felicitación que de sus pueblos traían.

Miserable moneda que pone en evidencia a hombres de delicada espíritu republicano. ¿Qué culpa tuvieron ellos de ser radicales? Lo fueron porque les costó aquello que las vírgenes monacales fueran madres, y su ofrecimiento sólo fue para sí su jefe tenía pensado en su día, cuando gobernara el país. Hacer de los suyos, no de todos, sino de los que valieran, los seminales de la raza, contando, desde luego, con la emancipación de los cuerpos que hacían votos de castidad en los conventos, pero que, condenados por la perquisición del jefe D. Alejandro, gustosos se prestaban a servir de generadoras de una nueva raza que, como es natural, nada tuviera de marxismo. ¡Bueno fuere, siendo al padre un radical de Lerroux y la madre una decalca o una recoleta cualquiera, en fin, la que sacrificó aquella tortura del claustro para obedecer sólomente los órdenes del jefe radical, que necesitaba eliminar las que había, fabricando a su forma y capricho nuevas generaciones que, teniendo por progenitores el macho radical y la hembra religiosa, no pudiesen negar los apetitos radical-religiosos, que sirviera para que el hombre que los años trastornan viviera en la paz apetecida, pero que si no necesitaban descansar dormir en un bencinario para provocar el sueño

Pero según noticias transmitidas por el penitenciario ^{español}, ^{de} sentimientos ajenos, los claustros ^{de} monjes se estremecen de júbilo. ¡Ya van a ser madres! No en hipérbole, como la religión manda, sino efectivas, como pregonaba Lerroux. ¿De algo le tenía que servir nutrir sus filias de tantos machos!

Cândido PEDROSA

encontraba el arzobispo de París. En 1848, la burguesía y el ejército restablecían una costumbre que hacía mucho tiempo había desaparecido de los usos guerreros: la ejecución inmediata de los prisioneros desarmados. Desde entonces, las tropas encargadas de reprimir los movimientos populares, en Europa como en las Indias, han seguido, en mayor o menor grado, la aplicación de esta costumbre, como demostración del progreso de la civilización.

Además, los prusianos, en su campaña de Francia, habían restablecido el hábito de conservar en rehenes a los prisioneros no combatientes, cuya vida respondía de los actos de los demás. Cuando desde los primeros días de lucha Thiers dió la orden, «muy humana», de pasar por las

armas a los comunistas que fueran apresados, la «Comune» tuvo que buscar el remedio de proteger la vida de sus defensores, viéndose obligada a adoptar el recurso puesto en práctica por los prusianos, conservando a los prisioneros en rehenes. Los versalleses continuaban fusilando a los prisioneros, y la «Comune» pudo desde su principio aplicar su decreto. Después de la carnicería con que los prusianos de Mac Mahon celebraron su entrada en París, ¿cómo iba a poder conservar a sus rehenes?

El verdadero asesino del arzobispo Darboy fué Thiers. Varias veces la «Commune» misma ofreció cambiar al arzobispo y a todos los curas por la sola persona de Blanqui, en aquellos momentos entre las garras de

(Continúa en la página 3.)

(Continúa en la página 3.)

La conquista del Poder

La dictadura fascista va destruyendo en Alemania los últimos restos de la clase obrera. La Socialdemocracia ve desmoronarse sus posiciones en el preciso instante en que los proletarios de todo el mundo conmemoran el quincuagésimo aniversario de la muerte de Marx. Las dos penetrativas del creador del Socialismo científico no alcanzan a prever una situación tan grave como la que tienen una repercusión hondísima en el movimiento internacional. Los dilemas teológicos alemanes han traído una respuesta que es la culminación de todos los muy dolorosos de estos días. Los nazis han profanado la casa donde nació Marx, en Tréveris, haciendo ondear sobre ella la bandera negra, ornada por la svástica, signo del fascismo. Y no importa cuán bárbaro sea este acto vital a los nazis obreros y han acudido a hacer también el recuerdo romántico de la cabaña donde alumbró a la vida el genio más poderoso que ha conocido la Historia en estos últimos tiempos.

Cuando en Italia se ventó abajo la democracia ante el ímpetu del fascismo, considerando los yerros del Socialismo italiano, corrió por toda Europa una voz: «No incurriremos en ellos». No sabían muchos con certidumbre qué había que hacer para no incurrir en yerros tales. Pero existía el propósito de evitarlos. Y, sin embargo, el fascismo ha triunfado, unos años después, en Alemania. Y ha llegado al Poder por los mismos caminos que el italiano. Aunque las circunstancias parecen y sean distintas, lo cierto es que los fascistas han llegado al Poder en ambos países por los caminos que dejó libre la indecisión socialista. En Italia los socialistas amenazaban sin dar, mientras la reacción reconstruía sus cuadros. En Alemania los socialistas, con influencia notable en el Poder en momentos en que ya era inequívoca la ruta del nacionalismo y palpable el volumen de su fuerza, abandonaron las posiciones al intentar dar el golpe de Estado antes de que hiciera el adversario. Con ocasión de la victoria hitleriana ha vuelto a correr la voz refuldadora de los yerros. Nosotros, los socialistas españoles, hemos apelado a ella. Hemos dicho en todos nuestros órganos, por boca de todos nuestros oradores, que no incurriremos en esa indecisa indecisión que anquilosa la acción de otros partidos en los instantes en que se requiere mayor soltura.

Y lo hemos dicho no por afán de hacer piruetas y jugos de luces con las teorías de nuestros maestros. Invocamos a Marx sin la intención de buscar un efectismo literario. Somos marxistas por la sencilla razón de que no hemos dejado de serlo nunca. Porque que descubrimos un continente cuando advertimos a nuestros adversarios, más o menos encubiertos — según soplen los vientos de la oportunidad política —, que seguimos sustentando las posiciones marxistas. Pero ¿qué no hemos dicho la misma? No será difícil recordar que durante la campaña que precedió a las elecciones de abril de 1931 la prensa monárquica tomaba pie de declaraciones de nuestros camaradas, en el sentido de que la República significaba para los socialistas una etapa de tránsito a la Revolución social, para encarrarse con los aliados republicanos y decirles: «¿No veis que estáis favoreciendo la Revolución social?» Pues en aquellos tiempos, en que el fervor republicano se conservaba intacto y se veía en la democracia burguesa la suma de todas las virtudes, ya los socialistas significábamos nuestro sentido común. No se puede llamar nadie a engaño si ahora insistimos, una vez más, en nuestro marxismo. Y en el fondo nadie ha dudado de él. Lo que ocurre es que en aquellos tiempos pensaban que nosotros íbamos a limitarnos a sacar las castañas del fuego a los republicanos. Y ahora, cuando ven que no aceptamos tan triste papel, recuerdan que hay que ir contra el marxismo.

El fascismo español no reside en esos grupos de niños invertidos que, en un afán imitativo, se dejan el bigote y se ponen una svástica sobre la titilla izquierda, pensando que así van a descujar al Socialismo. Reside el fascismo, y lo hemos dicho varias veces, en el radicalismo lerrouxista, en el agrarismo, en todos los partidos que han tomado contra el Gobierno actual la bandera de las viejas oligarquías fenecidas o en trance de fenecer. Ahí está el fascismo; es decir, el enemigo. Y no hará falta tener vista de línea para advertirlo. Ellos mismos han descubierto el juego. Hace días el Sr. Salazar Alonso dijo en el frontón, ante la burguesía agraria — son muchas las analogías —, que lo importante era unirse contra el marxismo. ¿No es esa la consigna de Hitler, falta únicamente del aditamento de la svástica?

En estas mismas columnas publiqué yo meses pasados un artículo que se titulaba «El Poder para el proletariado». En él sostenía tesis que tienen una actualidad palpitante ahora. Lo importante era acortar — venía a decir — el triunfo del proletariado. La colaboración socialista ha acelerado, no hay duda, el desenlace revolucionario. Lo importante es saber tomar posiciones francas y decididas en ese desenlace para triunfar. Cada día se agota más la democracia burguesa. Y se va a soluciones dictatoriales. No vale ahora retroceder. El Partido marcha hacia la toma del Poder, y el impulso arrastrará los obstáculos internos y externos. Sin esta lucha importa mucho no perder la moral. El Partido se halla cada día más en la encrucijada en que una indecisión podría ser fatal. Una dictadura reaccionaria en España cerraría la cadena fascista en Europa. Estamos empeñados en una pugna trágica de alcances decisivos. En este aniversario de Marx hay que hacer a su memoria la ofrenda de una conducta ejemplar, cuya línea marcada no se quiebre en el momento decisivo de la conquista del Poder, que puede estar próximo. Que no tengamos que reprocharnos luego, si la indecisión nos perjudica, al examinar en los estrados de nuestra conciencia, el haber contribuido a que esa svástica que ondea infamando la casa de Tréveris, donde nació Marx, sea el signo de la derrota del marxismo desde el Báltico al Mediterráneo.

Santiago CARRILLO

Del momento

“¿1847 ó 1849?”

En la interesante Historia del partido comunista ruso, de Zinoviev, hay un capítulo encabezado con el mismo título que estas líneas y que es conveniente desempolvar. Narra Zinoviev los acontecimientos de la revolución rusa de 1905 y a continuación entra, en el capítulo a que hemos hecho referencia, a estudiar la posición del entonces partido socialdemócrata ruso y de las discusiones suscitadas en aquella ocasión, centrando todo ello en la fórmula “¿1847 ó 1849?”.

En aquellos momentos, el proletariado ruso acababa de salir de la mazmorra feudal, iniciando una nueva etapa de su vida. Comenzaba a caminar por la senda democrática con una idea en la cabeza: la de una nación libre de lo que iba a seguir. Y en estas circunstancias se planteó en el seno del partido socialdemócrata ruso la pregunta: “¿Qué va a ocurrir?” ¿Estamos en un período 1847, o, por el contrario, hemos entrado ya en una situación equivalente al 1849? De una manera: Las condiciones actuales significan el prólogo de una revolución social, o el prólogo de una revolución democrática? Esta es la cuestión que allá por el año 1906 trataban de resolver los socialistas rusos, divididos en las dos fracciones de bolcheviques y mencheviques. Los primeros se inclinaban por una solución: 1847; es decir, a favor de la tesis de la próxima revolución; se comportaron como verdaderos revolucionarios. Los segundos, los mencheviques, creían mejor adaptarse a la nueva situación por creer agotadas las posibilidades revolucionarias. Pero acogimos la evolución del socialismo ruso, porque presenta unas analogías enormes con los pasos seguidos por nuestro Partido en su desarrollo.

A raíz de la subida al Poder del Gobierno Kerenski y del consiguiente derrocamiento del Imperio zarista, se planteó en el seno de los socialistas rusos, ya divididos, la misma pregunta. Idéntica fue también la posición adoptada. Nuevamente los bolcheviques se inclinaron por la posición revolucionaria. Nuevamente adoptaron los mencheviques la democrático-burguesa. El resultado no hace falta decirlo aquí. Acertaron plenamente los bolcheviques, hito de la revolución proletaria y los mencheviques fueron eliminados, junto con los demás partidos del panismo ruso.

Nunca convendría olvidar esta profunda lección que el proletariado ruso nos brinda. En cualquier caso habríamos de tenerla presente. Pero singularmente para nosotros, socialistas españoles, adquiere en los momentos actuales tal viveza y tal actualidad que nos obliga a contemplarla en sus más pe-

que los detalles por efecto de la similitud que ofrece no ya el movimiento del proletariado ruso sino el nuestro, y que ya hemos visto antes, sino más especialmente este momento de la revolución bolchevique con el que actualmente vivimos en España. Como en la Rusia de 1905, y en la Rusia de 1917, se va a experimentar en España, en los próximos meses, una revolución democrática-burguesa. Luego en unos días después de la revolución democrática-burguesa, vendrá cada vez más claro y, por fortuna, de un próximo porvenir. Y para que la revolución de los dos partidos sea perfecta, al igual que la revolución de los dos partidos de la revolución de los dos partidos.

— «...mientras que la historia en el sentido estricto de la palabra — que propugna por una situación «1847». Aseguramos lo ganado, antes de dar nuevos pasos; aseguramos la democracia burguesa. A este respecto, y a pesar de su repugnancia por acudir a los textos clásicos del Socialismo científico — una variación del augurio de 1847 —, se de recordar estas palabras de Kantiski que figuran en su obra *La doctrina socialista*: «Marx y Engels enseñaban siempre en el supuesto de una evolución política, en la que un régimen burgues democrático preparaba el camino a la democracia proletaria. Hoy día, sin embargo, se encuentra en Alemania. Allí donde va no existe la democracia, sólo aparecerá esta como democracia proletaria». Evidentemente, si Kantiski no hubiera escrito su libro hace más de un lustro creeriámos que el Socialismo científico enseñaba siempre la misma evolución política actual. Los partidos burgueses se encuentran, cada vez en mayor número, inclinados por la estrechez del cauce democrático para defender sus intereses. Cada vez expresan más claramente sus deseos de abandonar las normas democráticas, bien abiertamente, o bien de una manera subrepticia. Y en esta situación, ¿qué hemos de hacer? Claramente se comprenderá que nosotros, socialistas, no hemos de defender el régimen democrático, que para nosotros es un medio contra los mismos democratas, para quienes es un fin. Si ellos dan de lado las armas democráticas y acuden al palenque de la ilegalidad, no habremos de ser tan quijotes que nos batamos por los medios primitivos de lucha.

Y ahora, volviendo al punto inicial de nuestro estudio, preguntémosnos de nuevo: La situación actual española es tipo 1847 ó tipo 1849? Los tiempos actuales ¿son el prólogo de la revolución socialista o el epílogo de la revolución democrático-burguesa? He aquí el problema claramente planteado. Para los que sientan verdaderamente la causa del proletariado, para aquellos para quienes su defensa constituye un fin, y no un medio, no habrá ninguna duda: estamos en un período «1847». Por el contrario, para los mencheviques españoles, para aquellos para quienes la defensa del proletariado constituye un medio, estamos en un período «1849»; son contrarrevolucionarios y se agitan la posibilidad de la verdadera revolución. Aún vamos más lejos. Para los verdaderos revolucionarios, todas las fechas son tipo 1847; es preciso que la proximidad de una revolución acurte los espíritus, para que la labor diaria se vea centuplicada en su rendimiento. Por el contrario, para los reformistas, descúbrense o encubrense, como contrarrevolucionarios que son, todos los años son 1849. Los asusta la sola posibilidad de que la revolución sea un hecho.

Esta es la situación actual. Estamos, debemos estar en un período «1847». Es el mejor homenaje que podemos rendir a Carlos Marx en el quincuagésimo aniversario de su muerte. No debemos sucumbir a los textos de una teoría maestro como las lapas a las rocas, sin ninguna perspectiva histórica, por lo que esto es antimarxista. Por el contrario, debemos, henchidos de fe en nuestro porvenir, colocarnos sobre su modesta tumba de Highgate y escrutar el horizonte con la próxima esperanza de una aurora roja de revolución social. Es lo mejor que podemos hacer y, estoy seguro, es lo que más habéis de agradecer al genio ensordecido del maestro.

JOSÉ LAÍN

El odio al marxismo

En general, la clase trabajadora desconoce la base fundamental del marxismo, hasta tal punto que los aventureros de la política burguesa, onomásticos tras una capa de pseudoradicalismo, confunden lamentablemente la teoría marxista, creyendo ver en el movimiento revolucionario de las masas productoras nada más que un movimiento para sus neos burgueses. Por esto no es extraño que ciertos intelectuales de arribas a nuestras filas y, cuando se les alarga su carrera política, sean los más renegados del marxismo, así como si ellos hubieran comprendido a Marx.

Conviene destacar de qué modo los mismos que nos aconsejan el apartamiento de la dirección del Estado, por convenir a nuestros intereses y a nuestra táctica, al vez nuestro desprecio por tales consejos se encienden y sustituyen las recomendaciones amistosas por una guerra sin cuartel al marxismo.

¿Qué tiene el marxismo para que las clases reaccionarias se revuelvan airadamente contra él? ¿Por qué ese odio tan violento contra las teorías de un hombre a quien se niegan sus cualidades de economista y revolucionario? Sencillamente porque la teoría marxista propugna una acción revolucionaria de las clases trabajadoras contra el capitalismo, contra el Estado capitalista, contra todas las lacras y antagonismos del régimen burgués. Pero la lucha revolucionaria no es una lucha porque sí, para dar gusto a los demagogos y a los aventureros; es una lucha que tiene un objetivo, y ese objetivo, que es nada menos que la transformación de un régimen económico de propiedad privada por un sistema social de propiedad colectiva, ha sido estudiado y analizado profundamente por un hombre que ha pulverizado la retórica de los economistas burgueses; que ha denunciado ante el mundo entero las contradicciones inherentes al capitalismo; que ha señalado su proceso de una forma tan acertada que hoy no existe quien pueda contradecirlo bajo demostración; que la ha tomado como base la Historia y la economía para justificar la existencia de las clases, y que, en definitiva, ha lanzado al mundo proletario las normas indispensables para que se realice una profunda revolución que concluya con las diferencias económicas y cree una sociedad más justa y más social.

Carlos Marx ha señalado el proceso del capitalismo y ha demostrado cómo la teoría del valor radica en el trabajo; de qué modo la sociedad puede abastecerse sin necesidad de que los mercados oscilen por apatencias capitalistas; cómo el Estado no es más que una representación de las fuerzas opresoras, que se valen de tal organismo para hacer sus leyes contra el proletariado. Carlos Marx ha deshecho las teorías individualistas de la propiedad burguesa y del anarquismo contrarrevolucionario. Carlos Marx, a la vista de la *Commune*, ha sabido interpretar la conducta del proletariado durante la revolución para apoderarse de todos los organismos y transformar los medios de producción. Carlos Marx es la figura más gigantesca que acusa la Histo-

El hombre Carlos Marx y la idea

Para los muchos de papel de escritores, que se contentan con la economía que arrastró la vida entera, en su peregrinación por el cuerpo humano, hizo que llegara a extremos tales. Jamás sus familiares comprendieron al muchacho recatado, de frente abullonada y ojos hendidos en las órbitas que pasó los primeros años penativos por los cuartos de la Universidad y los pasillos públicos en los días nublados y en los días de alegría sol anafillo. Desapuntaba el genio. Jamás los familiares — buen pariente económico, buen pariente intelectual, en la mansión de su propia casa — comprendieron al genio. El hombre se educaba en la lucha, trasvazando a su espíritu los pesados cánones latinos — *Pandectas*, *Digesto* y *Novelas Justinianas* — que conducen al Foro, al balcón o a la Notaría para el estudio de la psicopatología.

He aquí a Marx luchando siempre con la miseria. Los días guardaban siempre una incógnita hosca. De modo que el creador del Socialismo científico no creó sus teorías ni alumbro sus investigaciones en el plácido remanso de un despacho, económicamente asegurado su vida — burguesamente asegurada — como un cualquier catedrático de Universidad que, acerca a los grandes problemas su espíritu científico sin vivirlos ni sentirlos. He aquí la diferencia. Como el médico que examina el proceso vivo de los microbios de una enfermedad en el cadáver. ¡Pero es tan difícil hallar el punto de estudio en el dolo vivo, en el cuerpo vivo! Por eso no llegó Hegel, y se han parado después algunos más en busca de una trayectoria más allá del marxismo. Y él, viviendo su vida en la situación oportuna, acortó con la idea a través del hombre. No Carlos Marx idea, sino Carlos Marx hombre, por el nacimiento, hacia la idea en sus cinco etapas más importantes: a) Materialismo histórico. b) Lucha de clases. c) Teoría del valor. d) Doctrina de la plusvalía. e) Régimen de la producción socialista. f) Acumulación de las fortunas.

Pero el momento crítico es el Marx hombre supera a Marx genio. ¿Dio Marx con el marxismo porque sólo él era capaz de dar, o cualquier otro hubiera dado? ¿Condicionó la Historia a Marx o puso Marx condiciones a la Historia? El tema es tan altamente complejo que merece otro pequeño ensayo, no al presente, sino cuando el escritor se encuentre con fuerza intelectual para ello.

SERRANO FUNDALA

ria desde su conocimiento. ¿Qué extraño tiene, por consiguiente, que el capitalismo busque la reacción más violenta para evitar su total desplazamiento de la vida social? ¿Qué de particular tiene que se odie la doctrina marxista, que enseña a los desheredados el modo de emanciparse de una esclavitud burguesa? ¿Qué no han de hacer los privilegiados de la fortuna cuando el Socialismo enseña a los trabajadores que una transacción entre el trabajador es una verdadera comedia y que en realidad no es, la mayor parte de las veces, otra cosa que un robo descarado, aunque legal?

Se odiará al marxismo cada día más, en proporción al avance revolucionario de las masas obreras. Y se le odiará más porque cuanto más avanza más cerca está de la transformación social. Esto es, de la transformación de la propiedad privada por la propiedad colectiva. No es ningún sueño; es una realidad que marcha aceleradamente, y que, para cortarla, se recurre al fascismo, como en Italia, al racismo, como en Alemania; a la dictadura de Polonia o de Hungría; a la reacción feudal, como en España.

Los trabajadores de nuestro país deben saber que la teoría marxista exige la intervención revolucionaria como medio fundamen al para conquistar sus fines y que la lucha revolucionaria no es más que un medio para llegar a nuestro programa. Que actualmente estamos empeñados en una guerra de clases verdaderamente revolucionaria por transformar el régimen económico; que las clases burguesas del mundo reaccionan para no perder sus posiciones; que la burguesía española se debate ferozmente por no ser vencida.

En el cincuenta aniversario de Carlos Marx, las clases laboriosas del mundo entero, sobre todo los trabajadores de nuestro país, deben saber que luchamos encarnizadamente por implantar el marxismo, esto es, el Socialismo. Que la lucha se halla empeñada con denuedo, habiéndose concentrado el odio de la burguesía sobre un partido: el Partido Socialista. Esto se debe sistemáticamente a que la fuerza dialéctica y táctica de nuestro partido no se deja atemorizar ni vencer por la reacción. Vamos hacia el Socialismo, hoy clavado en Rusia; vamos hacia el Socialismo, hoy clavado en España. Camaradas: en esta época de reacción mundial, el odio al marxismo es el odio de las clases dominantes a las masas explotadas; es el odio de la burguesía al proletariado; es el odio del régimen capitalista contra el Socialismo. En el cincuenta aniversario de la muerte de Carlos Marx, los trabajadores españoles, en pie por sus reivindicaciones, deben prepararse con valor y coraje a establecer en nuestra patria la patria socialista.

Carlos HERNANDEZ

Sobre la “Commune” de París

(Continuación de la página 2.)

Thiers; pero éste se negó siempre al canje, pues sabía que iba a la *Commune*, mientras que el cadáver del arzobispo podría servir mejor a sus infames designios. El propio vicario general del arzobispo, el abate Jacquesmet, que se encontraba a su lado, consignó más tarde este hecho en su declaración.

Siempre los partidos de orden, en sus orgías de sangre, lanzan contra sus víctimas todo género de calumnias. Esto prueba simplemente que el burgués de nuestros días se considera como sucesor legítimo del señor feudal de los pasados tiempos, que creía firmemente que en su mano toda arma era legal contra el villano, mientras que en manos de un villano una arma cualquiera constituía por sí misma un crimen.

Carlos MARX

El diario de la “Commune”

(Continuación de la página 4.)

Lunes 15. — Se decreta que los bienes confiscados a Thiers y sus productos sirvan para auxiliar a las viudas y huérfanos de guerra.
Martes 16. — Derribo de la columna de Vendôme, entre las aclamaciones jencinicas del pueblo.
Miércoles 17. — Caen sobre Auteuil y Vauves las bombas rojas de los asesinos versalleses.

Jueves 18. — Suspensión de los periódicos *La Commune*, *L'Echo de París*, *L'Indépendance*, *L'Avenir National*, *La Patrie*, *Le Peuple*, *Le Republicain*, *Revue de Deux Mondes*, *L'Echo D'Ultramar* y *La Justice*. Fin de la *Commune*. La semana sangrienta, en la que la hiena versallesca se hartó de sangre comunista... Y luego, la bandera roja de la *Commune* flotando gloriosa en las manos del proletariado de todo el mundo entero, mientras el verdugo de la libertad, el asesino de Versalles, con el infame Thiers a la cabeza, son recordados con horror y odio por todos los hombres honrados.

EL SOCIALISMO. El Socialismo no ha sido inventado por nadie, sino que ha sido consecuencia del examen de los hechos económicos. Aspira a asegurar el bienestar de todos los hombres, para lo que considera indispensable la desaparición del régimen capitalista y la socialización de los medios de producción y de cambio.

DEL 18 DE MARZO AL 19 DE MAYO

Diario de la "Commune"

18 de marzo. — El pueblo de París, frente a las tropas prusianas que ocupaban la capital. Abandonado por el Gobierno, que había evacuado en Versalles, que había en Versalles mientras el hambre y la desesperación se apoderaban de París.

La terrible lección de la revolución de 1848, que había hecho comprender que una república burguesa significaba sólo el cambio de mano, las intensas campañas socialistas y la unión de los dos partidos, determinaron el carácter de este movimiento: todo lo socialista que las terribles circunstancias que el país atravesaba permitían.

Transcurrieron siete días de embriaguez del triunfo, en los que las masas, no obstruían a la ausencia de toda autoridad, no convirtieron el momento a la de pillaje ni de bandolerismo, sino a todas las almas que después han lanzado sobre aquellas administraciones macedonias los pillos y los bandos de la burguesía.

A continuación damos el diario de esta epopeya revolucionaria, la más gloriosa que se registra en la historia del pueblo, desde el 24 de marzo hasta el 19 de mayo, en que sobrevino el fin de la Commune.

24 de marzo, viernes. — La Asamblea de Versalles hace un llamamiento a todos los departamentos pidiéndoles la formación de batallones de voluntarios para unirse al ejército y batir a los rebeldes. Este llamamiento no obtuvo respuesta.

Proclamación de la Commune, después de invadir los hoteles de Ville respectivos, enarrollar la bandera roja — Marcha Saint-Klément y Marsella.

Sábado 25. — El Comité central de la guardia nacional, que estaban adheridos los diputados por París, alcaldes y adjuntos, convocó a elecciones para el domingo siguiente. Se proclamó la Commune en Tolosa. Es vencida en Lyon la Commune, que había sido proclamada el 22, a causa de la defección de los radicales burgueses.

Domingo 26. — Se hacen las elecciones con gran entusiasmo, votando 207.000 ciudadanos.

Lunes 27. — Tolosa capitula sin combatir por la coherencia de su gobernador, M. Daport.

Martes 28. — Solemnidad de la Commune en el Hotel de Ville. La guardia nacional desfila en honor de los elegidos por París. El pueblo entero, lleno de un entusiasmo frenético, está presente. Las bandas tocan la Marsellesa, que corean 100.000 voces. Uno de los miembros de la Commune proclama los nombres de los consejeros elegidos, sin que haga vacilar su voz la de las masas, entusiastas de júbilo, ni el cañón, que truenan a lo lejos.

Miércoles 29. — La Commune de París decreta la abolición de las quintas; la prohibición de que entre en París otra fuerza que la guardia nacional, de la que forman parte todos los ciudadanos útiles; declara que la guardia nacional y el Comité central han merecido bien de la patria. Firman los secretarios, T. Ferré y Raoul R. Gault, y el presidente, Ch. Bessière. En todos los edificios públicos ondea la bandera roja.

Jueves 30. — Considerando que la bandera de la Commune es la de la República universal, la Commune declara que todos los extranjeros elegidos pueden tomar parte de ella, y admite en su seno al ciudadano Francés. Se suprime Le Figaro.

Viernes 31. — Caida de Narbonne.

Sábado 1 de abril. — Se fija el máximo de los sueldos comunales en 6.000 francos por año.

Domingo 2. — Habiendo el Gobierno de Versalles, previa provocación, atacado a París, y matando e hiriendo a algunos guardias nacionales, soldados de línea, mujeres y niños, la Commune decreta procesar a Thiers, Fauré, Ricard, Dufaure, Simon y Potthuan, confiscar sus bienes hasta su comparecencia ante la justicia del pueblo. Se decreta la separación de la Iglesia y el Estado, la supresión del presupuesto del culto y se declaran propiedades nacionales las de las congregaciones religiosas.

Lunes 3. — Combate entre Châtillon y Fontenay-aux-Roses. Los primeros prisioneros parisienses son fusilados sobre el campo, cinco soldados de línea entre ellos, por los asesinos de Versalles. El general Gallifet sorprende en Châtillon a algunos federales, un capitán, un sargento y un guardia de los insurgentes y los manda pasar por las armas.

Martes 4. — Los guardias nacionales se rinden a los de Versalles en el reduto de Châtillon. Los enemigos, al descubrir entre los rendidos al general Duval, le fusiló inmediatamente, junto a un oficial de su estado mayor, un comandante y ocho soldados más. La asamblea de Versalles da un voto de gracias a las tropas de tierra y mar por estos crímenes. Caida de la Commune de Marsella tras doce horas de bombardeo. Esperición de la Villeboisnet ejecuta numerosos prisioneros.

Miércoles 5. — La Commune da el decreto llamado de los rehenes, que mandaba encarcelar a toda persona acusada de complicidad con el Gobierno de Versalles, juzgada a las veinticuatro horas, sentenciada a las cuarenta y ocho horas y considerada como rehenes. Por cada comunista fusilado se fusilaba a tres rehenes. Este decreto no se cumplió.

Jueves 6. — El 137 batallón desfilaba y quema la guillotina, entre las aluminaciones de una muchedumbre inmensa. En Versalles, el general Dufaure, propone a la Asamblea que se abrevien los procedimientos en los consejos de guerra contra los prisioneros de París.

Viernes 7. — Se constituye la Commune en Châtillon.

Sábado 8. — Se pasa un decreto a los maestros y maestros para que no se permitan ni participen en comités de guerra y de guerra, ni nada de lo que está reservado a la conciencia individual. Nuevos fusilamientos de comunistas en Versalles. Los prisioneros parisienses son trasladados a Versalles a través de tropas de mercenarios y sin ventura, algunos muertos.

Domingo 9. — Emocionantes funerales del coronel Bourgeois, que fue muerto en Neuilly, presidiendo el duelo los miembros de la Commune y asistiendo más de 100.000 personas.

Lunes 10. — La Commune acepta a todos los hijos de los ciudadanos muertos en defensa de los derechos del pueblo.

Martes 11. — Varios ciudadanos de París firman un breve manifiesto, con principios socialistas, dirigido al pueblo. Atroce el ataque contra Neuilly, que presenta un aspecto desolador. Thiers anuncia procedimientos inextinguibles contra los insurgentes.

Miércoles 12. — Se decreta el derribo de la columna Vendôme. La Commune acuerda honrar al joven Lacroix en sus funerales. Memorial a la Comisión de la Commune, firmado por los obreros Adolphe Valentin, Noemi, Callet, Marvanot, Sofia Brax, Josefina Pratt, Casimiro y Amalia Drouotzamer y Isabel Drouotz, en que se determina la lucha, que tiene por objeto la revolución social, sin distinción de sexos, y que declara la resolución de vencer o morir en la empresa.

Jueves 13. — Regresa a París el batallón 101. Reciben un entusiasmo. La Commune acuerda socorrer a 812 mujeres de soldados versalleses, justificándose con estas hermosas palabras: «No hay banderas para las viudas!» La República tiene para todas la misericordia y los brazos para los heridos.

Viernes 14. — Sangriento ataque del general Wolf al puente de Neuilly, arrasando bárbaramente varias casas, cuyo fuego molestaba y pasando por las armas a todos los comunistas que encontró. El bombardeo de París, decretado por Thiers y la Asamblea Nacional de Versalles, sobrepasa en violencia al de Bismarck mismo.

Sábado 15. — El jefe del Poder ejecutivo de Versalles

promete perdón a todos los comunistas que rindan las armas, como se ha hecho con otros más prisioneros que se mantienen en Belle Isle, sin sacar ningún provecho de ellos. (Palabras textuales.)

Domingo 16. — Elecciones complementarias de la Commune, en las que son elegidos los ciudadanos Clusaret, Tricquart, Vaut, Menotti y Garibaldi. Decreto de la Commune convocando a las Cámaras sindicales obreras para la expedición de las fábricas y talleres abandonados en provecho de la Commune.

Lunes 17. — Se da el nombre de plaza Duval a la plaza de Italia.

Martes 18. — Manifiesto de la Liga Republicana de Derechos de París, en el que declara que Thiers no ofrece garantías para las libertades comunales. Firman Humbert, publicista, Lafont, Clemenceau, Villeneuve, Corbin, etc.

Miércoles 19. — Declaración del pueblo francés, en la que se expresa el propósito de universalizar la propiedad y el poder. Suscripción de los periódicos Le Soir, Le Cliché, L'Opinion Nationale, y Le Bien Public, aliados al Gobierno de Versalles y calumniadores de la Commune.

Jueves 20. — A petición de los obreros panaderos se suprime el trabajo nocturno. La Asamblea Nacional de Versalles se declara pronta a parlamentar con París, con propósitos sinistros.

Viernes 21. — Los comunistas de París son considerados por los versalleses como bandidos y asesinos, y se anuncia que serán tratados como tales, sin preguntarse sobre sus opiniones.

Sábado 22. — Una delegación de los masones de París pregunta a Thiers si está dispuesto a sacrificar a París. El veredicto de la Commune responde: «Se destruirán al punto estas; se matarán algunas personas, pero la fuerza residirá en la ley.»

Domingo 23. — Thiers se niega a poner en libertad a Blanqui, en canje a Lagarde, el asabido de París, el abate Daguerre, el ex presidente Boujean, etc.; quedando rotas las negociaciones entabladas. La Asociación Metéorológica de París, delegados en la Organización del Trabajo las siguientes instrucciones: «Supresión de la

explotación del hombre por el hombre y organización del trabajo por Asociaciones solidas, con capital colectivo e inalienable.»

Lunes 24. — Caida de Bessière y Thiers en defensa de la Commune.

Martes 25. — Suspensión de las hostilidades durante algunas horas para que la población de Neuilly pudiese buscar en París el abrigo contra el bombardeo salvaje que hacia veintidós horas estaba sufriendo.

Miércoles 26. — La Commune decreta la demolicion de la iglesia de Eglise y la amnistía al ciudadano Nourrit, por lo hacia veintidós años en Cayena por la ejecución del traidor Brea.

Jueves 27. — La Commune decreta la demolicion de la iglesia de Eglise y la amnistía al ciudadano Nourrit, por lo hacia veintidós años en Cayena por la ejecución del traidor Brea.

Viernes 28. — A las reclamaciones que hacen los patronos contra las libertades dadas a los trabajadores, la Commune contesta por boca de Leo Franchet: «¡Kalamas aquí no sólo para resolver cuestiones municipales, sino para hacer reformas sociales. Y para estas reformas, ¿he mos de consultar a los patronos? No. ¿Es que la nobleza fue consultada en el 92?»

Sábado 29. — Los francmasones hacen su última tentativa de conciliación. En número de 11.000 fueron a la Grande Armée y enarbolaron 64 banderas frente a los asaltantes. Su bandera blanca «Amos los unos a los otros» avanzó por la línea versallesa e hizo cesar el fuego. Su último esfuerzo nada consiguió. El fuego se reanuda con mayor violencia. Una delegación de francmasones colocada a la puerta de Maillot comprobó la profanación de las banderas por el fuego de Versalles; siendo un francmasón la primera víctima.

Domingo 30. — Se decreta la liquidación de los Montes de Piedad, considerando sus operaciones como usurarias, intencionalmente un nombre y por orden del comandante del ejército, nos, jefe de trinchera, intimamos al comandante de los insurgentes reunidos en este momento en el fuerte de Issy a rendirse a él y personal encerrado en dicho fuerte. Se ha acordado el plazo de un cuarto de hora. Si en ese plazo no se nos ha respondido, toda la guarnición será pasada por las armas. — El coronel del estado mayor de las trincheras, N. Laperche.

Lunes 1 de mayo. — El 22 batallón de cazadores de la brigada de Berthe se aproxima a la estación de Clamart en silencio, mata al centinela y, sin ruidos, siembra el terror y la muerte, al arma blanca, en los batallones de los guardias nacionales y compañía de franco tiradores comunistas. Fusila a todos los soldados del ejército que hace prisioneros. Respuesta a la intimación de Laperche: «Mi querido camarada: La primera vez que usted se permita enviarnos una intimación tan insolente como la de ayer hará fusilar a su parlamentario, según los usos de guerra.» Sujo afectuosos camarada, Rosel, delegado de la Commune de París. El Gobierno de Versalles corta en absoluto la expedición de subsistencias a París.

Martes 2. — Los socialistas alemanes se adhieren al movimiento comunista. Los proyectiles incendiarios de los versalleses hacen sus efectos destructores en Ternes, donde arden 30 casas, y en Neuilly, donde arden 12.

Miércoles 3. — La Commune pensiona a la madre del ciudadano Nourrit. Los versalleses sorprenden en Moulins a 200 comunistas y los matan durante el sueño.

Viernes 5. — Se decreta la demolición de la capilla expiatoria de Luis XVI y la supresión de los periódicos enemigos Le Petit Moniteur, Le Petit National, Le Bon Sens, La Petite Presse, Le Petit Journal, La France y Le Temps.

Sábado 6. — El Comité de la Unión de Mujeres para la defensa de París, en auxilio a los heridos dirige un vibrante manifiesto protestando contra los que las pedían reclamaban la paz a toda costa y afirmando su fe comunista.

Domingo 7. — Se declara traidores a todos los diputados elegidos por París en la Asamblea de Versalles.

Lunes 8. — Versalles prohíbe el Congreso de Ligas Republicanas, que había de celebrarse en Burdeos.

Martes 9. — Charles Delzescluze es nombrado delegado civil en la guerra, en sustitución de Rosel.

Miércoles 10. — Se decreta la confiscación de los bienes de Thiers y que su casa sea arrasada. Llegan a Versalles los cañones tomados en el frente de Issy; pero de los 300 prisioneros apenas si llegan 50; la otra parte ha sido asesinada a cuatazos.

Jueves 11. — Quedan suprimidos Le Moniteur Universel, L'Observateur, Le Specteur, L'Etoile, L'Anonyme.

Viernes 12. — Nuevos decretos sociales de la Commune. Toma del convento de Montmartre. La defensa fue larga y empenada. Las tropas de la línea de Versalles hicieron una feroz matanza en los comunistas que defendían el convento, sin perdonar uno. Desarmados, arrojados, agitando la bandera blanca, a guisa de bandera de paramento, fueron todos asesinados sin piedad. Más de 300 guardias nacionales murieron en aquella matanza horrible. Es ejecutado el Thibault convido de haber hecho revelaciones al enemigo sobre los puntos débiles de París.

Sábado 13. — Evacuan los comunistas Issy y el Liceo de Vauves, tras combates sangrientos. Los versalleses emplearon granadas con picato de potasa, que producían efectos espantosos.

Domingo 14. — El coronel del 39 de la línea de Neuilly hace pasar por las armas en la toma de Neuilly a 18 prisioneros federales.

(Termina en la página 3.)



Señoras! Señores! Pueden observar aquí los modales salvajes de los bárbaros rubios, parte integrante de la tribu de los "nazis"...

¡Jóvenes socialistas!

● A por los "nazis" ●